
“Sin Parábolas – Él – No Les Hablaba”

Volumen No. 2

LA OVEJA PERDIDA; LA MONEDA PERDIDA;

EL HIJO PRÓDIGO 3/3

(Lucas 15:1-32)

[...continúa]

“Ahora bien, el hijo mayor estaba en el campo; y cuando regresaba cerca de casa, escuchó música y bailes. Y llamando a uno de los siervos le preguntó qué significaba todo eso. Y éste respondió: ‘Tu hermano ha vuelto; y tu padre ha matado el ternero gordo porque lo ha recibido sano y salvo’. Y el hijo mayor se enojó y no entró, por lo que su padre salió y le rogaba que entrara. Y respondiendo a su padre, le dijo: ‘Mira, todos estos muchos años yo te he servido; y no he faltado en ningún momento a tus mandatos, y sin embargo jamás me diste un cabrito para que pudiera gozarme con mis amigos – pero en cuanto tu hijo regresó, habiendo devorado tu patrimonio con prostitutas, has matado para él, el ternero cebado’. Y el padre le respondió: ‘*Hijo, tú siempre estás conmigo; y todo cuanto yo, tengo, es tuyo. Era necesario que festejáramos y nos regocijáramos – porque éste, tu hermano, estaba muerto, y de nuevo está vivo; estaba perdido, y es hallado*’”.

El hijo mayor representa ese tipo de pensamiento que *sí* se establece en la Ciencia, pero que *no* la valora *ni* la compara con nada, por lo que se vuelve *estático* hasta que es ‘despertado por la envidia’ de aquéllos que por medio de la *experiencia*, tienen una revelación *mayor*, y se concientizan de un *valor* mayor. La repreensión de Principio al hijo mayor estuvo acorde con los medios que trataban de despertarlo al *valor* de lo espiritual. El hijo mayor jamás hizo algo para *ampliar* su perspectiva – ya fuera buena o mala.

Jesús amaba a María Magdalena y a los recaudadores de impuestos, porque ellos *hicieron algo*, y por lo tanto despertaron *más rápidamente* del error en sus caminos, que aquellos otros que aparentemente viven una vida 'intachable'. Una actitud de *justificación propia* constituye una celda angosta, y jamás hay festejo alguno en dicha celda. “El amor propio es más opaco que un cuerpo sólido” (C&S 242:15) – por lo tanto si ustedes están *encerrados* en el amor propio, entonces **no** pueden saber lo que *realmente* está sucediendo **ni** percibir aquello que está ahí para regocijarse. Cuando Principio se encuentra presente, siempre hay una fiesta preparada para ustedes y sus amigos; y ustedes están justo ahí en cada celebración que esté ocurriendo.

El error en el hijo mayor fue que él **no** estaba respondiendo a la *amplitud* de pensamiento y conocimiento que son el privilegio y la necesidad de la naturaleza del hombre. “El Amor universal constituye la senda divina en la Ciencia Cristiana” (C&S 266:18-19) – y también el permanecer a salvo en las esferas moralistas de *nuestro* propio ser y de sus interpretaciones, puede producir la clase de envidia y perturbación que llegaron al hijo mayor. Mas la respuesta del padre descubrió las exigencias en ese hijo, y también el hecho de que él [como padre], contaba con los medios para satisfacerlas – porque tan solo estaba recostado adormecido, listo para ser llamado a ser o para ser encontrado como jamás *perdido*. El padre o Principio divino dijo (y dice a todos los hombres): “Hijo, tú estás siempre Conmigo; y todo cuanto *Yo*, tengo, es tuyo”. El concepto “todo” tiene un alcance *universal*, el cual puede *restablecer* el descontento de cualquier hombre cuando siente la necesidad de responder al hecho de que *él*, es un ser *universal* como expresión de la Mente universal.

La parábola cuenta con este gran mensaje para todos nosotros – que debemos *velar con diligencia* para *no* apartarnos hacia “tierras lejanas” de opiniones *personales*. El lugar más alejado de Principio, es el sentido personal; y es este sentido personal, aquello que hace que cualquiera de nosotros considere la comprensión de la Ciencia dada a nosotros por Principio, y la interprete con opiniones basadas en juicios y teorías *personales*, las cuales son extrañas a la naturaleza de ese mismo Principio. Debido a que los juicios y teorías *personales* se han *desviado* de Principio y son de *nuestra* propia creación, pronto se

vuelven nada más que “cáscaras teóricas” (Mis. 369:22), carentes de alguna cualidad que las sostenga. – Aunque finalmente todo esto nos conduce a reconocer nuestra propia lejanía de Principio. Cuando regresamos con un único deseo – ser un siervo de Principio – entonces nos encontramos debidamente revestidos con una personalidad verdadera o con una expresión de carácter individual.

Si estamos *alertas* al peligro de que el *egotismo* rebase una mentalidad *activa*, entonces buscaremos en nuestro pensamiento para ver si va de acuerdo a las normas impulsadas **por** Principio, y dadas a nosotros en las enseñanzas de la Ciencia Cristiana. La Sra. Eddy fue enfática acerca de la necesidad de esto. Por ejemplo ella dice: “Adhiéranse *estrictamente* al Principio divino y a las reglas de los métodos científicos que han asegurado el único éxito para los estudiantes de la Ciencia Cristiana” (C&S 456:5-7). Ella alerta continuamente acerca de los peligros de ser conducidos a través de un camino secundario que en cierta manera nos desvíe de los mandatos **de** Principio – la totalidad del Espíritu y la nada de la materia. Una mentalidad *activa* puede apartarse hacia una “provincia lejana” y tratar de alimentarse con teorías que permiten la infiltración de elementos extraños a los requerimientos *dinámicos* de Principio – pero debido a que es *activa*, será rápida en *admitir* el curso equivocado, y retornará a Principio con un vigor y una devoción más verdaderas, que cuando se apartó.

No hay necesidad alguna de *descorazonarse* cuando *reconocemos* nuestra desviación de Principio, sino tan solo la necesidad de un retorno rápido y más seguro *hacia* Principio para que nos guíe en todas nuestras conclusiones. Si el “mayor mal no es más que un supuesto opuesto del mayor bien” (C&S 368:1-2), entonces jamás deberíamos *apenarnos* por nuestros errores, sino *ocuparnos* en hallar el mayor bien – y el mayor bien para cualquiera, es cuando está *completamente* de acuerdo con Principio **y** gobernado totalmente por Principio, en todos los pensamientos, en todas las declaraciones, en todos los esfuerzos.

Todas las tres parábolas traen a la atención, la gran lección de que **no** hay pérdida, y que el regocijo llega conforme despertamos para estar satisfechos con lo que **ya** tenemos **y** con lo que **ya** somos. “Los

mortales podrán ascender los resbaladizos glaciares, salvar las oscuras grietas, escalar el hielo traicionero y poner pie en la cima del Mont Blanc – pero jamás podrán *invalidar* aquello que sabe la Deidad, ni dejar de identificarse con aquello que mora en la Mente eterna” (Un. 64:15-19).

El aspecto alentador de las tres parábolas es que fue la *cantidad* de lo positivo que el individuo expresó en cada caso, aquello que lo hizo estar *consciente* de la más ligera caída de la perfección, alertándolo para de inmediato aprovechar la aparente pérdida.

Un golfista que demuestre el noventa y nueve por ciento de los principios del golf al seguirlos, se vuelve mucho más consciente de dónde ha caído por debajo del estándar en algún pequeño punto en su juego. Él busca con determinación la “oveja perdida” y se obliga a alinearse con ese punto en particular. La *eliminación* de un pequeño error le provoca una alegría especial. Un golfista burdo ni siquiera se haría consciente de la imperfección. Los buenos deportistas y los buenos artistas practican con el fin de eliminar cualquier pequeño error que les haya quedado en claro, durante su desempeño. Y no lo hacen con un sentido de condenación, mal humor ni abatimiento, porque están muy conscientes que cuentan con las otras noventa y nueve ovejas. Todos hemos observado esto, pero quizá no nos dimos cuenta que lo mismo aplica a la vida **y** a su demostración. Jesús está señalando para nosotros que la razón por la que sentimos una pérdida, es debido a la enorme cantidad (el noventa y nueve por ciento) de perfección expresada. Las tres parábolas subrayan que debido a que *somos* perfectos, cualquier leve divergencia de tal perfección, se vuelve muy aparente e importante de corregir. El que el hombre sienta cualquier pérdida en forma tan vívida, se debe al complemento *total* de la perfección verdadera del hombre; pero esto también asegura que el hombre puede poner *de inmediato* todo en orden con la *atención específica* en aquello que así lo requiera. Si ustedes perdieran una oveja, no demorarían, sino que de inmediato la buscarían, y entonces su rebaño estaría nuevamente completo.

En esa parábola, el hombre dejó las “noventa y nueve ovejas en el desierto”, en tanto buscaba a la que faltaba – y es cuestión de

experiencia el que caigamos en “soledad, en dudas, en oscuridad” cada vez que encontremos algún aparente pequeño error que estropea la imagen completa para nosotros. Cuando albergamos la menor perturbación, aversión o pesar, sentimos la pérdida de armonía y felicidad; tal como el mal funcionamiento de una pequeña tuerca o válvula puede detener el agradable desplazamiento de un coche; o como la ejecución errónea de uno de los integrantes en una orquesta, puede arruinar por completo la interpretación. Cuando esto es considerado *correctamente*, entonces no lo vamos a ver tanto como una exigencia estricta sino como una *señal de la maravilla de la perfección*. La perfección es el propósito de Principio – ¡y nada menos! Incluso el más *mínimo* defecto nos muestra que la perfección carece de defectos. Pero en el instante en que *reconocemos* esto, el otro aspecto de la definición de “desierto” entra en juego, porque somos conducidos hacia “la espontaneidad del pensamiento y la idea”; hacia el vestíbulo por medio del cual ingresamos al *reino de la perfección* (véase C&S 597:16-19). Ahí es donde el verdadero regocijo entra – no solo al recuperar lo único perdido, sino al experimentar la maravilla de la perfección.

Muy pocos de nosotros nos damos cuenta de la profunda simplicidad del mandamiento del Maestro: “Sed pues vosotros por tanto, *perfectos*; tal como vuestro Padre que está en los cielos, es *perfecto*”, o que la declaración en “CIENCIA Y SALUD” de que “Principio e idea *perfectos* – Dios perfecto y hombre *perfecto*” – tiene que ser “la base del pensamiento y de la demostración” (259:12-14). No es suficiente contar con las “noventa y nueve” – sino con las “cien”.

En el caso de la mujer y de la única moneda perdida de las diez que había, se ejemplifica que la fortaleza de la *verdadera* naturaleza femenina *ya* presente dentro de nosotros – es aquello que provoca que busquemos diligentemente por el déficit en la *aceptación* de la perfección, dándonos la *habilidad* para llevar dicha búsqueda a una conclusión *fructífera*.

Una vez más fueron las riquezas del hijo más joven, aquello que lo hizo rápidamente *consciente* de las había perdido, y también lo que hizo que

determinara no *rebajar* su nivel ni a permanecer comiendo las cáscaras de la materialidad. Si él no hubiera *tenido* las riquezas y si no hubiera *conocido* su valor y también su origen (su padre), no se habría levantado a sí mismo. Esto debiera *alentar* al individuo cuando se encuentre frente a una pérdida en algún aspecto de su expresión de Principio, ya que cuanto más siente esa pérdida, eso evidencia para él la mucha mayor riqueza con que cuenta al reflejar las cualidades **de** Principio. De esta manera la pérdida puede de inmediato resultar en un regocijo de ganancia, y (tal como con el golfista) resultar en un enorme regocijo cuando ha vencido el ‘pequeño punto’ deficiente.

También debiéramos *reconocer* que Jesús nos está mostrando, al igual que la Sra. Eddy, que “la *superabundancia* del ser es uno de los aspectos **de** Dios, el bien” (C&S 201:11-12). La *preponderancia* del bien en nuestro ser es aquello que hace que reconozcamos **y** corriamos cualquier imperfección. Por lo tanto, **no** hay espacio alguno para la depresión, sino una llamada para el regocijo – primero que nada por la cantidad de *perfección* dada a nosotros **por** Principio, y en segundo lugar porque podemos *utilizar* esto para llegar a la plenitud de expresión que Principio *requiere*. El llamado sobre nosotros es *únicamente* con objeto de *demostrar* que nada ha estado perdido. Eso es todo cuanto *tiene* que hacerse manifiesto, ¡y *tiene* que ser así! Contamos con el *cien por ciento*, y no tenemos más que demostrar aquello con lo que *contamos*.

El hombre debió haber contado las ovejas para darse cuenta que faltaba una; lo mismo la mujer con las monedas; y fue la naturalidad **y** atractivo del Bien, aquello que hizo que el hijo pródigo se *diera cuenta* de su separación de Principio. Cuando por lo tanto hacemos *inventario* de nuestra bondad – por ejemplo cuánto nos amamos unos a otros; o cuánto amamos a nuestra familia – podremos hacernos conscientes de una oveja perdida que a menudo estropea ese amor, tal como la expresión de *impaciencia* ante una aparente lentitud. Si entonces *nos damos cuenta* del noventa y nueve por ciento de amor, entonces más fácilmente iremos tras esa *única* cualidad de paciencia, la cual juega como un factor *importante* en nuestros afectos. Si con toda honestidad *admitiéramos* únicamente cuán *maravillosos* somos como la expresión **de** Principio, entonces el mostrar un déficit pequeño tan

solo despertaría la expresión de la verdad *más* brillantemente, junto con el *reconocimiento* que esa falla trae a luz. El regocijarse en las noventa y nueve ovejas, en las nueve monedas, y en la naturalidad del hogar de la Ciencia, para después como resultado des/cubrir una pequeña deficiencia, aumenta nuestro regocijo en cuanto a que somos la expresión **de** Principio, y rápidamente encontraremos la aparente oveja perdida, la moneda perdida, o el hogar perdido de la Ciencia – y resultará *más* valioso, *más* real y *más* para “nosotros” que nunca antes. Resulta sabio ‘*contar*’ las ovejas, las monedas, la naturalidad de la Ciencia como nuestro hogar, y luego como resultado, *mejorar* la actividad de alguna pequeña expresión de carácter donde un *déficit* resulta aparente debido al hecho de haberlo ‘*contado*’.

En esta experiencia humana es necesario el *reconocimiento* de que hemos estado *casi* a la altura de la expresión de carácter “de acuerdo al modelo mostrado a ti en el Monte” – es decir, de acuerdo al estándar de Principio tal como es revelado por la Ciencia – pero aún resulta *más necesario darse cuenta* que de las cien ovejas y de las diez monedas, únicamente un pequeño porcentaje hizo el reclamo de una pérdida – por lo que nuestro *reconocimiento* de una pérdida, constituye verdaderamente el *reconocimiento* de alguna cualidad *verdaderamente* especial para nosotros – es como si el error, reconociendo esto, tratara de frustrarnos en nuestra *expresión* de dicha cualidad.

Debiera ser *alentador* que la Sra. Eddy escribió en una carta a Calvin C. Hill: “Bondad como la suya, es un *pretexto* seguro de éxito en todo esfuerzo por ser ‘*mejor*’. Si un *simple* pecado permaneciera – y ¿quién está exento de todo error? – *mantenga* el buen ánimo, porque la *victoria* sobre él, es una conclusión *inevitable*” (“Conocimos a Mary Baker Eddy”, Tercera Serie, página 25).

Qué pequeña *parece* una sola oveja frente a cien de ellas; y si aun así la creyéramos perdida, cuánpreciado resulta encontrar que *jamás* estuvo perdida y que todo cuanto ocurrió fue la acción **de** Principio **en** nosotros para *realzar* su valor, y también para *realzar* nuestra *habilidad natural* para expresar **a** Principio.